

A LA MUERTE DE SPURGEON
POR B. H. CARROLL

La noche del domingo pasado murió en Mentone, Francia, el hombre más grande de los tiempos modernos. Si en aquella noche hubiesen muerto todos los reyes de Europa, el acontecimiento no habría sido tan trascendental como lo fue la muerte de este hombre. Más aún, si cada uno de los miembros de todas las dinastías reinantes hubiera muerto en una sola noche, el suceso no habría atraído tanta atención como la muerte de Charles Haddon Spurgeon. En la tierra tal vez sí, pero no en el universo. Mundos que son más densamente poblados que esta tierra superan en número a la población de este planeta, así como las estrellas y las arenas y las hojas de los bosques exceden en número a las casas de los hombres. Y todas esas personas, en todas las latitudes, se conmovieron más por la muerte de Spurgeon que si todos los reyes de la tierra hubiesen perecido.

Pero, además, su interés es sin afectación. Después de la muerte hay sinceridad. Para esas personas no hay ni pesar ni gozo pretendidos. No hay condolencias ni felicitaciones fingidas. No hay ningún crespón ni coronas oficiales. No hay ni plañideras ni aclamadores pagados. El retorno de Napoleón desde Elba, la visita de Lafayette a América, las giras de Washington y de Jackson por todos los Estados Unidos, constituían exhibiciones conmovedoras, pero el corazón del hombre no puede concebir la gloria del retorno de Spurgeon al seno de su Dios, y su recibimiento más allá de las estrellas. El carruaje de Dios fue a recogerlo a la estación de la muerte como a un visitante real, y un convoy de ángeles lo escoltó hasta su hogar. Los querubines revoloteaban sobre él y los serafines refulgían delante de él. Los cielos arqueados se encorvaron para recibirle.

“Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria”.

¿Y quiénes son éstos que como nubes de palomas vuelan desde las ventanas del cielo para recibirlo? Son sus hijos espirituales, engendrados para Dios por medio de su ministerio, de toda nación, tribu y linaje. Desde las Islas Británicas, desde América, desde las selvas de Australia y desde las Islas del mar, desde los tórridos climas de África, y desde las gélidas montañas de Groenlandia, y desde las playas coralinas de la India, desde los montes cubiertos de pinos de Escandinavia y desde la asolada Nueva Zembla, habían ascendido antes que él y ya le esperaban y estaban pendientes de su

llegada. Todos los términos de la tierra estaban allí no sólo geográficamente sino moralmente. Vinieron a recibirlo el borracho y el libertino; allí estaba la ramera proscrita por la sociedad, allí estaba el reo con libertad bajo palabra y el asesino con sus manos tintas en sangre; allí estaban los hijos de la pobreza y del vicio hereditario; allí estaban los convertidos de la infidelidad, “esa caries del intelecto”; allí estaban los antiguos adoradores de Moloc y del terrible Mamón, todos ellos arrebatados como “tizones escapados del fuego” por el oficio de Spurgeon, y que ahora son más blancos que la nieve, absueltos y limpios de pecado, libres, “redimidos y regenerados y liberados”. ¿Y quién podría describir la bienvenida que le brindan? ¿Y quién podría medir el grito de júbilo de Spurgeon: “Vosotros sois nuestra gloria y gozo”?

Miren al sembrador. Miren al que iba andando y llorando, llevando la preciosa semilla, “mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas”. ¡Oh, las gavillas de dorado grano, la multitud de gavillas! Oh, alma mía, ¿cuándo antes y cuándo después volverán los ángeles a celebrar semejante siega? ¡Cómo arrebatada y se apropia de la promesa: “Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad”!

Veán al edificador, al sabio maestro de obras. Edificó sobre el cimiento de Jesucristo. Edificó sobre Él: oro, plata y piedras preciosas. Su obra ha sido manifestada. El día la ha declarado y la ha revelado por fuego. El fuego ha probado su obra. Permanece sin ser consumida. Recibe su galardón.

Veán su suma celestial. ‘Añadió a su fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al amor fraternal, amor. Estas cosas estaban en él y abundaron. Hicieron que no estuviese ocioso ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo’.

No era ciego. Podía ver de muy lejos. Nunca se olvidó de que había sido purificado de sus antiguos pecados. Hizo firme su vocación y elección. No cayó nunca. Y así le fue proporcionada con liberalidad una entrada en el reino eterno de nuestro Salvador y Señor Jesucristo. Su barca arriba al puerto del cielo sin ser destruida ni desmantelada por la furia de las tempestades; lleva sus velas intactas y no tiene que ser remolcada a puerto; muestra todos sus mástiles erguidos y sus velas henchidas por el viento. Su carga llega hasta el

nivel del agua. “Muera yo la muerte de los rectos, y mi postrimería sea como la suya”.

¿Y qué nube es ésta que como incienso proveniente de diez mil incensarios encendidos se eleva desde la tierra y le sigue hasta el cielo? ¿No es acaso la gratitud de viudas sin hogar a quienes abrigó, vistió y alimentó? ¿No es la bendición de huérfanos cuya orfandad alivió? ¿No es el tributo de ministros pobres a quienes educó y proveyó de libros?

Pero la visión más extática y arrobadora se da cuando se reúne con el propio Maestro. Spurgeon y Cristo: el santo y su Salvador. Se reúnen sobre las nubes y la aflicción y la muerte. Se reúnen en ese clima soleado que no es opacado por la aflicción ni es dañado por tiempo, donde la edad no tiene poder sobre el cuerpo inmarchitable, donde el ojo es fuego y el corazón es flama. Miren cómo arroja el santo todas sus coronas llenas de estrellas y todas sus honras a los pies horadados por los clavos, clamando: “¡Señor mío, y Dios mío!” Y, también, “GRACIA, gracia, todo por gracia; un pecador salvado por la gracia”.

SÍ, SPURGEON HA MUERTO.

La tierra deplora, pero el cielo se regocija.

Y cómo afecta esa noticia a los perdidos cuando lo ven sentado a lo lejos –más allá de la sima sempiterna, ancha e intransitable- con Abraham, e Isaac y Jacob, en el reino de Dios. Cómo se acuerdan del Evangelio que Spurgeon predicó. Cómo se acuerdan de sus lágrimas y de sus persuasiones conmovedoras. Cómo advertía y rogaba en vano, señalando la puerta abierta, ahora cerrada para siempre, señalando el agua de vida de cuyas corrientes refrescantes se han separado para siempre. ¡Cómo recuerdan ahora, desesperados, sus sermones sobre la esperanza! ¡Cuán amargo es su lamento: “Supimos cuál era nuestro deber pero no lo cumplimos! Por más indignos que sean otros predicadores, este hombre no es culpable de nuestra sangre. Es un testigo dispuesto en contra nuestra. El infierno, abajo, fue conmovido por su partida y el cielo, arriba, fue conmovido por su llegada. Y así la muerte de Spurgeon atrajo más atención que si todos los reyes hubieran muerto.

SÍ, SPURGEON HA MUERTO.

El roble más alto y más frondoso del bosque del tiempo, ha caído. La voz más dulce, más argentina y de mayor alcance que haya publicado las buenas nuevas desde los tiempos apostólicos ha sido acallada. La mano cuya hoz segaba el más amplio espacio en las maduras sementeras de la redención está plegada y serena sobre un pecho inerte, cuyo corazón, cuando latía, se movía en armonía con cada gozo y aflicción humanos. Pero ya estaba para ser sacrificado. Peleó la buena batalla. Guardó la fe, y mientras nosotros lloramos, él lleva la triple corona de la vida, del gozo y de la gloria que Dios, el juez justo, le ha conferido.

Este hombre maravilloso era tanto una creación como un resultado. Dios lo creó para que fuera grande. Sus extraordinarias dotes naturales, mentales y corporales, fueron dádivas de Dios como lo fueron también su conversión y su llamamiento al ministerio. Las circunstancias de linaje, educación, bibliotecas puritanas, el contraste existente entre la iglesia independiente y la iglesia establecida, juntamente con los tiempos en que vivió, todo lo cual tuvo mucho que ver con Spurgeon como un producto, le fue providencialmente suministrado en su mano. Si se hiciera la pregunta: “¿Cómo explicar a Spurgeon?”, la respuesta sería el monosílabo: “Dios”.

Pregunta: “¿Cómo se explica Spurgeon?” La respuesta es el monosílabo: “DIOS”.

Al discutir la vida y las labores de un tal hombre, los límites del presente discurso nos permiten únicamente tocar ligeramente los puntos salientes.

NUNCA, desde que Pablo murió, ha sido insertado tanto trabajo y tanto éxito en un espacio de tiempo tan reducido...

Miremos someramente algo de ese trabajo.

El señor Spurgeon fue pre eminentemente un predicador. Predicó más sermones, tal vez, que ningún otro hombre. Más gente lo ha oído a él que a ningún otro hombre. Más gente ha leído y lee sus sermones que los sermones de cualquier otro hombre.

Schaff declara: “La venta promedio de cada sermón semanal es de veinticinco mil ejemplares. Dos sermones han excedido esa cifra; y de uno, la Regeneración Bautismal, predicado en el verano de 1864, se vendieron ciento noventa y ocho mil ejemplares”.

Las traducciones de sus sermones a otros idiomas han sobrepasado las traducciones de cualesquiera otros sermones. Muchísimos sermones han visto la luz en los grandes diarios y periódicos de la tierra. Más personas han sido convertidas por su lectura en distintos países, tal vez, que por todos los demás sermones publicados. Todos son sencillos. Todos son fáciles de entender. Todos están llenos de alimento, fuego, unción y poder. Casi todos tratan de las doctrinas fundamentales de la gracia. Todos ellos presentan tan claramente el camino de la vida que el que anduviere por ese camino, por lermo que sea, no se extraviará. La gente sencilla los devora. Los pobres, ignorantes, viles e infortunados corren a ellos como corrieron los sedientos israelitas al agua de la roca. La inteligencia se inclina a su poder y las personas de color los aclaman con gozo. Los grandes los alaban, y los humildes los estrechan contra su corazón. Livingstone tenía uno de ellos bajo su sombrero cuando murió, habiéndolo llevado consigo a través del África. Una viuda fue hallada medio muerta de frío sobre un pico de los Alpes, pero leía uno de los sermones de Spurgeon a través de sus lágrimas. Un hombre de la selva de Australia fue convertido al leer uno de sus sermones manchado de sangre, que había sustraído del cadáver de un hombre a quien había asesinado.

Ningún otro hombre que hubiere comenzado con congregaciones tan grandes, logró sostenerlas en números siempre crecientes durante treinta y ocho años hasta su muerte. Llegó a la antigua iglesia de Londres donde Benjamín Keach había sido pastor durante treinta y dos años, John Gill lo había sido durante cincuenta y seis años y John Rippon durante sesenta y tres años. Se encontró con una congregación de cien personas que se reunían en una iglesia con capacidad para mil doscientas personas. En tres meses ya estaba saturada y en menos de un año tuvieron que ampliarla. Durante las obras de ampliación, el señor Spurgeon predicó en un amplio salón llamado Exeter Hall. En la iglesia ampliada no pudo albergar a los que vinieron a oír el primer sermón. Se cambiaron al Surrey Gardens Music Hall, donde cabían sentadas siete mil personas, el cual se llenó hasta el máximo de su capacidad.

Luego se construyó el Tabernáculo Metropolitano que tenía una capacidad para cinco mil asientos, con un espacio adicional para mil personas de pie. Este espacio fue ocupado al máximo de su capacidad hasta que Spurgeon murió. El único lugar que tenía capacidad suficiente para albergar a los asistentes fueron los campos abiertos cuyo techo eran los cielos.

¿Con quién pudiéramos comparar a Spurgeon? Combinó el poder de predicación de Jonathan Edwards y de Whitefield, con el poder organizador de Wesley, y la energía, ardor y valor de Lutero. En muchos sentidos era muy semejante a Lutero. En muchos sentidos era muy semejante a Pablo.

Su poder en el púlpito no se puede atribuir para nada a circunstancias accidentales. No se valía de ardidés de elocución. No podemos imaginar al señor Spurgeon haciendo mímicas delante de un espejo para aprender a dominar ademanes garbosos. El poder del señor Spurgeon en el púlpito consistía, en gran medida, en sus convicciones. Hablaba porque creía. Se daba cuenta de que era portador de un mensaje de Dios, de un mensaje de vida para los perdidos. Su oficio consistía en entregar el mensaje, no en vindicarlo. No se sentía autorizado para reducirlo, diluirlo o cambiarlo.

Creía en Dios. Creía en la personalidad del demonio. Creía en las doctrinas bíblicas del cielo y del infierno. Creía en la eternidad de la felicidad futura o de la aflicción futura para cada hombre; creía en el poder del Espíritu Santo; creía en la divinidad de Jesús y en la realidad de la expiación vicaria. Creía que Jesucristo fundó la iglesia. Creía que una congregación cristiana debía ser como un faro en una costa bordeada de rocas o como una araña de agrupadas luces que revelan el peligroso camino hacia el infierno e iluminan el angosto camino hacia el cielo.

Creía que la misión de la iglesia no es la de divertir o de entretener, sino la de salvar al mundo. Por tanto creía que las casas de culto no eran sucesoras del templo de Salomón, cuyo antitipo es la iglesia espiritual, sino que eran solamente casas de culto y debido a ello debían ser construidas con miras a la utilidad y la comodidad. Debían ser auditorios bien iluminados, calentados y ventilados, con suficientes entradas y salidas para la comodidad y la seguridad; sin campanarios, presbiterios, altares, vitrales, imágenes o cuadros; en verdad, sin todo aquello que pudiera distraer la mente de la gente de la predicación de 'Jesucristo, y éste crucificado'.

Su poder en el púlpito fue aumentado también en gran manera por su carácter. Todos los hombres percibían que estaba casado con la verdad. Odiaba todo tipo de mentiras, de imposturas y fraudes. No era un hombre de dos caras, ni de dos mentes, ni de dos lenguas. Amaba la franqueza y aborrecía la perfidia, las intrigas, la conducta

torcida y toda clase de proceder astutos. Su propia naturaleza era sencilla, transparente y directa. ‘Su ojo era bueno’. Si en su manera de hablar era natural, evitando las afectaciones de la declamación, lo florido de la retórica y toda ostentación teatral, cuánto más aborrecía la hipocresía en la vida, y con qué inexorable desprecio arrancaba el disfraz que cubría a la depravación moral, tras la cual la inmoralidad corrompía a las almas de los hombres.

Era un hombre genuino, no era un soñador ni un visionario, y poseía tanto “sentido común santificado” como alguna vez se le haya concedido a los hombres. Además de esto, sin ser agitador, político o demagogo, era enfáticamente uno del pueblo. Tenía más puntos de contacto con ellos que ningún otro predicador de los tiempos modernos. Podía jugar con los muchachos, reír con las niñas y gozar genuinamente de una plática con las ancianitas de los asilos. Su simpatía para con ellas en todos sus pesares era claramente sin afectación. Con la excepción, tal vez, de Martín Lutero, ningún otro hombre desde del Maestro mismo, ha tocado tan íntimamente la vida del pueblo en todo el sentido de su experiencia. Los entendía y ellos lo entendían a él. John Ploughman es testigo de ello.

Por otro lado su naturaleza era muy jovial, muy risueña y muy sociable. No era un misántropo, ni un recluso, sino que se involucraba en los asuntos cotidianos de la vida.

Además, su discernimiento de la naturaleza humana sólo era igualado por su tenaz independencia. Creía en la dignidad natural del hombre, como hombre, sin respeto a distinciones ficticias de rango o riqueza. Los títulos humanos de nobleza no valían más para su robusta mente puritana que los ‘nominales dignatarios del tablero de ajedrez’.

Puede uno imaginar cómo enfatizaría la copla de Burns:

El RANGO sólo vale una nimiedad.
El HOMBRE mismo es el oro.

Era natural que semejante carácter influyera grandemente en su predicación. El señor Spurgeon no era solamente un predicador sino un maestro de predicadores. El predicador que nunca conduce a otros a predicar, haría bien en dudar si él mismo es predicador. Finalmente, y aunque no podemos demorarnos en ellas...

Consideremos por unos momentos algunas otras LECCIONES sugeridas por la vida del señor Spurgeon.

1) *Deuda*. Tal vez, más que ningún otro hombre de su generación, el señor Spurgeon ha inculcado al mundo anglófono la inconveniencia, la degradación, la esclavitud y el pecado de la deuda.

En la construcción de asilos de ancianos, orfanatos, colegios, templos y capillas para misiones, que costaban cientos de miles de libras esterlinas, nunca incurrió en ninguna deuda. “Paga de contado” era su consigna.

Sus publicaciones (véase John Ploughman) han estado repletas de proverbios, ilustraciones y exhortaciones sobre este asunto. Le recaló al mundo que la deuda es una insensatez, una extravagancia, una servidumbre, una vergüenza y un pecado. Como predicadores, como cristianos, como ciudadanos e iglesias, deberíamos aprender la lección de memoria.

2) Su vida y su ministerio han demostrado que la doctrina de una salvación inmerecida -nada por obras sino todo por gracia- promueve la forma más excelsa de piedad práctica.

Los creyentes de esta doctrina “no pecan más para que sobreabunde la gracia”. Su ministerio y los resultados de él prueban que no es el arminianismo, sino que “la gracia de Dios se ha manifestado para salvación... nos instruye que renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente”.

3) Su ministerio ha demostrado que una salvación inmerecida, que no está basada en obras sino que es toda por gracia, promueve y produce la obra más efectiva. Hemos de trabajar, no para ser salvos, sino porque somos salvos.

Mientras que su vida afirma con énfasis indecible: “Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador”, también exhorta efectivamente: “Palabra fiel es esta, y en estas cosas quiero que insistas con firmeza, para que los que creen en Dios procuren ocuparse en buenas obras. Estas cosas son buenas y útiles a los hombres”.

4) Su ministerio ha demostrado que aunque la salvación es gratuita, -no por obras sino todo por gracia- con todo, el pecador debe buscar al Señor, tiene que pedir el perdón, tiene que lamentar sus pecados, tiene que esforzarse por entrar por la puerta estrecha.

5) Su ministerio ha demostrado el poder de un Evangelio que insiste en la depravación del ser humano, en la necesidad de la regeneración, la plena inspiración de las Escrituras, y la doctrina no diluida de la vicaria expiación por medio de la sustitución.

6) Pero tal vez la más grande de todas las lecciones sea que su ministerio ha demostrado e ilustrado la verdad de la Escritura: “Y yo si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo”.

Ha demostrado que la predicación de “Jesucristo, y éste crucificado”, “gloriarse solamente en la cruz”, “no saber nada sino la cruz”, tienen más poder de atracción que ningún otro tema. ¿Qué ser sensacionalista que dependiendo de ayudas adventicias, de anuncios flamantes, de vulgarismos y cinismos, de métodos teatrales y tretas de elocución ha reunido y sigue reuniendo jamás, en el mismo lugar, a millares que le escucharan atentamente durante casi cuarenta años?

Como Pablo, el señor Spurgeon podía decir: “Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fueron con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios”.

El mundo necesitaba esta lección. Los tiempos eran desfavorables. La iglesia estaba siendo arrastrada de las ceremonias ridículas a la infidelidad. Necesitábamos volver a los primeros principios. Si algún hombre busca la popularidad, la perderá. Si la pierde, la hallará.

Cuando murió Bonaparte, Phillips dijo: “Ha caído”. Cuando murió Spurgeon, el mundo dijo: “Ha resucitado”.

Traductor: Allan Román

Este artículo ha sido tomado del libro: “Sermones de B. H. Carroll” (The American Baptist Publication Society, 1893), páginas 24 a la 44. Una sección del artículo que versa estrictamente sobre El Colegio del Pastor, ha sido omitida.

El llamado a casa...

La Muerte de C. H. Spurgeon: Edad: 57 años, 7 meses y 12 días.

Una conferencia presentada ante el Instituto de Ministros – Nashville, Tennessee, el primer domingo de Febrero del año de 1892.

El autor, B. H. Carroll, fue pastor de la Primera Iglesia Bautista (Waco, Texas, USA) y fundador del Southwestern Theological Seminary, Fort Worth, Texas.